

TRIPTICO DE LA MEDICINA ARGENTINA

GORMAN — ARGERICH — FABRE

Por

**Dr. ANTONIO ALBERTO GUERRINO
y JOSE M. MASSINI EZCURRA**

Los triunviros de la medicina argentina, Miguel Gorman, Cosme Mariano Argerich y Agustín Eusebio Fabre, fallecieron casi juntos en el tiempo, en 1819 y 1820, es decir, hace poco más de ciento cincuenta años. Su recuerdo cobra intensidad constantemente, pues fueron a la vez ciudadanos ejemplares y maestros de varias generaciones que recibieron de ellos un legado incomparable de sabiduría y fuerza moral. Ellos constituyen una trilogía de próceres civiles que merecen el más cálido homenaje de nuestros núcleos ciudadanos e intelectuales.

MIGUEL GORMAN

Nació en Irlanda, en la ciudad de Ennis, condado de Clare. Según Mallo y la mayoría de los autores, debió nacer en 1749. Ruíz Moreno y Rafael Schiaffino, en cambio, piensan fuera en 1736.

Estudió en las facultades de Reims y París, revalidando luego su título doctoral en la ciudad de Madrid. Carlos III le confió la misión de trasladarse a Londres para estudiar el método de la variolización ideado por Jenner y luego fue encargado de dirigir el cuerpo de sanidad militar de la expedi-

ción que actuó en Argel en 1774. Acompañó a Pedro de Cevallos cuando en 1776 se trasladó al Río de la Plata y grande fue su labor en el ámbito de la higiene, la difusión de la vacuna y la organización de la enseñanza científica.

A él se debe, en buena medida, la creación del Protomedicato de Buenos Aires, que se concretó merced al tesorero apoyo del Virrey Vértiz, quizá el más progresista de los gobernantes hispánicos en América del Sud. Al comenzar el siglo, actúa en Buenos Aires, definitivamente instalada tras variadas alternativas, esta que es la primera institución en jerarquía oficial, de autoridad otorgada por la corona real, a los efectos del cuidado de la higiene y la salud. Atenciones diversas y complejas le competían, comenzando por la aprobación de los títulos de los médicos, cirujanos y farmacéuticos, pero baste recordar, como definición, que representaba para la colonia un verdadero Tribunal de Sanidad. En esa época el Doctor Gorman es urgido por la necesidad de vigilar problemas varios, en especial los referentes a los cargamentos de los buques de ultramar. Con este motivo y por la designación de los profesionales que deben realizar las inspecciones, Gorman, aunque enfermo y achacoso, enuncia en una nota del 7 de agosto de 1804, conceptos que significan una política inteligente y avanzada para la época.

En el seno del Protomedicato se creó la Escuela de Medicina, colaborando junto con Gorman, Cosme Mariano Argerich y Agustín Eusebio Fabre. Gorman, director de la institución, manifestó grandes dotes de organizador, maestro abnegado y trabajador infatigable. Por iniciativa suya se delineó la Academia de Medicina, constituyó la inspección de sanidad y ayudó a Mariano Moreno en la formación de la Biblioteca Nacional.

Gorman, médico mayor de la expedición de Cevallos, permaneció en el Río de la Plata por espacio de cuarenta años y murió en la miseria, sostenido por la caridad de compañeros y discípulos. En sus últimos años decía así: "Postrado en cama

y faltó enteramente de la vista no puedo ejercer públicamente mi facultad; todas mis alhajas están vendidas y empeñadas y para satisfacer los alquileres que adeudaba me fue forzoso vender por menos de la mitad de su costo mi coche con guardaciones y mulas". Fue necesario realizar una colecta entre sus colegas para su subsistencia, colecta que se fundó en "las cualidades de este anciano venerable y el honor de su profesión". Falleció el 20 de enero de 1819 y a pesar de su labor imponderable apenas si es conocido por las actuales generaciones.

Fue mérito de Gorman encauzar el ejercicio de la medicina formulando las bases de la deontología médica y la medicina legal. Hizo obligatoria la denuncia de las enfermedades infecciosas, regularizó los honorarios médicos y combatió con realismo el curanderismo y charlatanismo. Se interesó en la lucha contra los males pestilenciales y podría ser proclamado como uno de nuestros primeros epidemiólogos. Sin ser alienista, propuso la concentración de los enfermos mentales en sitios adecuados y la higiene hospitalaria fue una de sus mayores inquietudes.

Su trayectoria de didacta puede comprenderse analizando el plan de estudios para la Escuela de Medicina (distribuido en seis años) y la habilitación de salas para las prácticas en el Hospital de Bethlem. Pero a pesar de su actividad titánica y de una entrega total a ideales ideales, Gorman murió en la oscuridad y no está en pie el monumento que perpetúa su memoria. Aun espera la hora de la justicia.

COSME MARIANO ARGERICH

Al ocuparnos del Dr. Argerich, no podemos menos de expresar que su apellido constituye, como lo ha definido con justeza su gran biógrafo el profesor Alberto Palcos, "la primer dinastía de galenos ilustres producida por nuestra tierra".

El nombre de Argerich ocupa con honor las páginas de la Historia de la Medicina en el Río de la Plata. Tres genera-

ciones consecutivas merecieron la consideración de españoles y criollos. Padre, hijo y nieto: Francisco, Cosme Mariano y Francisco Cosme empuñan el bisturí del cirujano a la par que visiten el traje militar en guerras contra los indios, contra el extranjero y en las luchas de emancipación. Toman también, con dolorido empeño, el lugar señalado por el deber en las cruentas luchas intestinas, en que el país duda una y otra vez frente al cuadro de las acciones individuales, de las instituciones en perpetuo proceso de consolidación, mientras complejas circunstancias sociales y políticas alejan y hacen difícil el podernos dar una estructura nacional.

Francisco de Argerich y Batalla, catalán de Cisteró (Lérida) e hijo de padre y madre catalanes, viene al país a mediados del siglo XVIII ya sea con don Pedro de Cevallos o bien con el Marqués de Valdelirio. En España siguió con brillo los estudios médicos, llegando a ocupar altos cargos en la medicina ibérica, según información recogida por el doctor Cantón.

Se radica en la Muy Noble y Leal Santa María de los Buenos Aires, es examinador en el Protomedicato y acompaña la expedición que acude a sofocar los levantamientos de Tupac Amarú en el norte de nuestro territorio. Acredita una hoja de servicios intachables como pocas; ya viejo, se le dispensa de prestar ciertas obligaciones profesionales para el Estado, en virtud de ser "Enfermo habitual". Los archivos de nuestros tiempos viejos están llenos de sus afanes en favor de nuestra rudimentaria sanidad, habiendo sido uno de los primeros médicos de presidio.

Muere alrededor de los setenta años, hermano de la Orden Terciaría Franciscana de Penitencia, que atiende con celo singular a los esforzados monjes de esa congregación, a los jesuitas, conventos de la Merced y Catalinas. Deja, como buen español y buen católico, infinidad de hijos. Su esposa, doña María Josefa del Castillo, es oriunda de Buenos Aires y desciende de uno de los primeros pobladores de la ciudad con don Juan de Garay. Casada a los quince años, de inmediato se

halla en la tarea de alumbrar criaturas sobre la tierra, hasta el número de diecisiete. Y entre los hijos del matrimonio, además de Cosme Mariano, hay un fraile, una o dos monjas, otro sacerdote cura y vicario en Luján, cuyas luces están presentes en la histórica Asamblea de 1813; un maestro, revolucionario, que sufre los ataques de las autoridades coloniales y el embate injusto de los representantes del Santo Oficio de la Inquisición en América, pese a haber combatido bravamente contra el invasor británico. Deja también don Francisco, evidencia de su inquietud cultural, una buena biblioteca de obras médicas y generales, que demuestran un sentido progresista y culto de la vida, no muy extendido en la época de que tratamos. Esa biblioteca es inferior, sin embargo, a la que poseerá su hijo Cosme, el cual conservará muchos libros médicos, pero aumentando la colección y mejorando la calidad de las obras y diversidad de las materias tratadas.

Cosme Mariano ha sido el hijo mayor, nacido en Buenos Aires el 26 de setiembre de 1758, es decir, un día antes del que conmemora a los Santos Patronos de la Medicina, San Cosme y San Damián, signo augural de su vocación futura. De chico sigue los rudimentarios cursos primarios de la hispana tierra en América. Pero don Francisco ve más lejos. Advierte las condiciones del niño. Imagina la posibilidad de que su hijo practique la ciencia a la que lo predisponen favorablemente su nombre, la filiación paterna y las penurias que aquejalla padece en el Río de la Plata. Y envía entonces su vástago a la Universidad de Cervera, en Cataluña y muy próxima a Cisteró, donde él naciera.

Cervera es la magnífica obra, en primer término, de la calidad de los hombres que la dirigieron y de los maestros eminentes que allí dictaron sus clases. En efecto, esta creación educacional de Felipe V se basa en la destrucción de universidades catalanas más que en la indiscutible conveniencia pedagógica de reunir en un solo punto los cursos superiores existentes en la comarca. Premia a Cervera por su lealtad,

pero agosta la vida universitaria en Cataluña al llevar a un lugar árido e inhóspito los cursos que con paciencia y visión se habían consolidado eficazmente. Pero contrariamente a lo que podía esperarse, en ese frío lugar de la Segarra surge esplendorosa la victoria de la inteligencia y el saber. Eruditos maestros, en primer término los Jesuitas y otras cumbres de las ciencias españolas, como Finestres y Dorca, crean un centro de resonancia mundial.

Cosme estudia en Cervera y gana laureles, elogiándolo Jaime Menós de Llena en carta al protomédico Gorman. Es ayudante de cátedra, hace práctica y recoge enseñanza profesional, que ha de ser de incalculable valor en el Río de la Plata. Forma un carácter que le valdrá ser considerado como un talentoso y eficaz facultativo, de honor y suma escrupulosidad, recto y sencillo, amante de las filosofías modernas, lector de Destutt Tracy y Cabanis, cuyas doctrinas discutirá en su cátedra. En el desempeño de los dos años de ejercicio profesional que mandan las ordenanzas del Protomedicato, las guerras dificultan y cortan su actividad, que después reanuda. Se casa allí, y así como su padre lo hizo con una criolla de varias generaciones, él vuelve a la sangre paterna y contrae matrimonio con Margarita F. Martí, de pura cepa catalana y con quien tendrá a Francisco Cosme, el tercero de los médicos Argerich, que estudiaremos luego en esta rápida reseña.

Vuelto Cosme al Río de la Plata, emprende sus tareas profesionales acreditando su nombre con la atención gratuita de la inclusa, varios conventos y la cárcel. Se ocupa de la sanidad del puerto, pero donde destaca mejor su personalidad es en el Protomedicato, tribunal que el desvelo de Miguel Gorman, encarnado en el constructor Virrey Vertiz, crea y hace funcionar con eficacia. Verdadera Junta de Sanidad, en ella ocupa Cosme el cargo de secretario primero y conjuetz

después. Revisa y revalida los títulos profesionales europeos, dicta medidas higiénicas, se ocupa de los abastos de la ciudad, del agua, de las pestes.

Decide el Tribunal formar la escuela de Medicina, que prepara los primeros médicos y cirujanos rioplatenses. Es admirable la dedicación de Gorman, pero ya viejo y enfermo—casi ciego y vilipendiado por parte de la población por su condición de extranjero y los innumerables chismes de aldea—es el joven secretario Argerich, con Fabre y Capdevila, quien empuña el timón de la institución “dictada por la Humanidad” según expresara Vertiz al crearla.

Argerich da vida propia a la entidad, dicta la cátedra de los primeros cursos y en los días agitados que sobrevendrán—el león británico ya a las puertas de nuestras costas— los discípulos del Protomedicato son avanzadas en la tarea de restañar heridas y mitigar dolores. Se multiplican en su actividad, corren presurosos al llamado de la carne maltratada: “...de los heridos que han entrado en el Hospital por nuestra parte ha sanado mayor número que los que tuvieron los ingleses por la suya, y que han estado a disposición de sus Físicos”, dice Liniers. Pero nadie alcanza el desprendimiento de ese hombre ya maduro, muchas veces totalmente solo, que hace la labor de cien, despachando sus ayudantes en cuanto puede “para ahorrar de este modo al Real Erario sueldos que debían percibir”. El Cabildo lo honra y las actas dejan consignado su valor, su abnegación, su real espíritu cristiano.

Llegan los días de mayo de 1810. Una nueva nación daba sus primeros pasos, vacilante aún, en el concierto mundial. Se ha dicho que al cariño entrañable de los padres ello siempre parece prematuro. Y es así. Por eso hubo lucha encarnizada, pero no odio, ya que la sangre vertida era hermana. Cosme abraza la causa de su patria de nacimiento, que es la de su amor ingénito por la tierra de su madre, tierra en la que se ha confundido y hecho carne la pasión de todo hombre por los suyos, los lazos que su profesión de misionero provoca

y todo aquello que resulta arduo definir, por enraizado en las fibras más íntimas del alma. También muchos españoles encontraban aquí la causa de la libertad consubstanciada en las nuevas generaciones que se sucedían. Y el voto del doctor respetado, que se sienta al lado de Castelli en el Cabildo Abierto del 22 de mayo, es concluyente: "Habiendo caducado la Suprema Autoridad debe esta reasumirse en el Pueblo, y por consiguiente interinamente en el Excelentísimo Cavildo..."

Vienen días de lucha y sacrificio. El desgarramiento es difícil, pues el crear nueva vida en un organismo significa siempre una convulsión biológica. La angustia de las acciones bélicas pone desazón en los corazones ciudadanos. Cosme vuelca sus afanes en la Sanidad Militar y con auténtica visión de estadista —"to govern is to foresee"¹— toma la antigua escuela a punto de perecer y la transforma en Instituto Médico Militar, conservando para el nuevo país las formas de lo anterior con el espíritu y la conveniencia que el momento impone. El Instituto dicta los cursos de medicina subsiguientes a los del Protomedicato e interviene en la preparación bélica del país. El primer Cosme encuentra tiempo para formar planes de hospitales de sangre, asesorar las expediciones de guerra, revisar soldados etc. Y todavía sabe hacer valer su autoridad en incidencias reveladoras de su patriotismo sereno y sin alardes, de su espíritu minucioso, ordenado y sobrio, económico hasta el sacrificio: "...en contestación al oficio de V.S. de oy, en q^e me previene nombre un Profesor para el reconocimiento de los Inválidos, debo decir que yo mismo agraviaría los sentimientos de mi corazón si rehusase a la Patria mis servicios personales. Ni mi decadente salud, ni los muchos y delicados cargos que me ha confiado el Estado, ni la suma escasez de facultades p^a sostener una numerosa familia, pueden hacerme vacilar un momento cuando se trata de servir a la Patria..."

El joven poeta y filósofo Lafinur es atacado por sus ideas supuestamente avanzadas para la rutinaria pesadez co-

¹ "Gobernar es prever".

lonial que ha quedado en la aldea hispana. Ideas expuestas en un acto público de los alumnos del Colegio de la Unión del Sur, en el que Lafinur ocupa la cátedra de Filosofía. Y el viejo profesor sale a defender al bisoño polemizador cuyas poesías don Cosme manifiesta “admirar”, coloca la discusión en su punto verdadero con una carta modelo de orden en la exposición de las ideas, que se cifra, tanto en el espíritu cristiano, como en la necesidad de una más natural y menos rígida consideración de las cosas y de las ciencias.

Pero ya la vieja corteza está aflojando en sus manifestaciones vitales. Queda en peligro de muerte una y otra vez en sus visitas al hospital, a pesar de lo cual no cesa de concurrir mientras le reste aliento. Pero no puede atender a todos como antes y es a fuerza de sacrificios que acude donde el dolor lo llama.

“Et quasi cursores...”² La lámpara de aceite se va apagando. Pero ya hace años que alguien ha recogido el precioso motivo de la lucha. En la línea médica del padre, en la cátedra de la nueva Universidad —genio y visión de Martín Rodríguez, Sáenz, de Luca y Bernardino Rivadavia— *Francisco Cosme Argerich Martí*, hijo barcelonés de padre criollo, está actuando con la energía de su vocación y de sus virtudes. Enjuga la sangre patriota derramada en San Lorenzo, donde amputa la pierna gangrenada del Capitán Bermúdez. Ha cuidado a San Martín en el norte y merecido ser llamado “amigo” por el más grande de los argentinos. Ha curado al general Paz, triste recuerdo de un ejército en derrota o en victoria, pero siempre trabajado por la indisciplina, el desorden del avance, el desastre de las retiradas. En su carácter de Cirujano Mayor de la provincia de Buenos Aires acompaña al ejército de Martín Rodríguez en la expedición contra los indios del sur de la provincia. ¿Acaso no ha tenido su bautismo de fuego como cirujano en 1806, estudiante aun del Protomedicato, en

² “Y así como los corredores...” Comienzo del verso de Lucrecio (“Y así como los corredores se transmiten la lámpara de la vida”)

la campaña contra los britanos invasores? Y su regimiento de Húsares, a cuyo frente estaba entonces el Comandante don Lucas Vivas, mereció por su comportamiento la denominación de "Bravos de Vivas" con que es conocido en los anales ciudadanos.

Es miembro de la Legislatura de los gobernadores Rosas, Balcarce y Viamonte. Federal hasta la médula, la escisión del movimiento político que lleva ese nombre lo absorbe en sus consecuencias. Pero su palabra es siempre morigeradora y no ha contribuido a exaltar pasiones que el genio hispano nos legó como propias. Y expatriado en Montevideo, fero y bálsamo para muchos argentinos, expira un día Francisco Cosme, sufriendo en su miseria la miseria de la patria desgarrada. El gobierno oriental lo había designado jefe de una sala del Hospital Militar. El pueblo hermano lo lloró y recordó sus méritos y virtudes.

Las tres generaciones Argerich hicieron valer su ciencia y patriotismo en el Río de la Plata. La cátedra, el hospital, las legislaturas y asambleas, la cama del enfermo, el cuidado de los abastos e higiene de la ciudad, las sociedades patrióticas revolucionarias, las literarias, las iniciativas educacionales, la lucha contra la vagancia, la sanidad militar y tantas otras actividades, son hitos en el desempeño heroico a veces, pero callado y generoso siempre, de estos grandes ciudadanos, republicanos en espíritu, nobles por su estirpe española y catalana, nobles por su saber y su abnegación sin límites.

AGUSTIN EUSEBIO FABRE

Se cree que nació en Cádiz en 1729. Fue cirujano de la marina española y arribó a Montevideo en 1774; ejerció allí la medicina y conoció a Gorman quien lo invitó a ocupar en Buenos Aires el cargo de cirujano del Hospital de Bethlem, de la Residencia y del Colegio de San Carlos.

Fue conjuer del Protomedicato y el primer catedrático de Anatomía en la Escuela de Medicina de la misma entidad, enseñando asimismo la Medicina Operatoria. Ha sido, como sostiene Mallo, un maestro ejemplar que incitaba al estudio a sus alumnos y los estimulaba para que, rompiendo con el escolasticismo que incluso había invadido a la medicina, se impusieran de los grandes adelantos y progresos que todos los ramos de la ciencia hipocrática iban llevando a cabo.

La resolución real del 1 de julio de 1798, comunicada al Virrey de Buenos Aires con fecha 19 de julio del mismo año, creando el Protomedicato con las cátedras de medicina y cirugía anexas, dio pie al Virrey Olaguer Feliu para designar en esos cargos a Gorman y Capdevila, pero como este último se excusó de aceptar ese cargo docente, el Virrey Avilés nombró a Fabre para llenar la vacante en atención al mérito que había contraído "en la asistencia del Real Colegio de San Carlos, Hospital de Betlemitas y Casa de la Residencia de esta Capital que tiene a su cargo". Confirmado en este nuevo puesto el 18 de setiembre de 1799, Fabre se dedica de lleno a su cátedra de cirugía cuya inauguración efectuó en el año mil ochocientos.³

Dictó sus clases en el Hospital de los Betlemitas, situado en la calle México entre Balcarce y Defensa. No obstante las incomodidades que allí tuvo, maestro y alumnos identificados en común anhelo llevaron a feliz término sus proyectos. Las clases se dictaban de mañana y de tarde, y Fabre, dotado de un alto espíritu científico, perseverancia y amor por la profesión, formalizó el eslabón inicial del estudio de las ciencias médicas en el Río de la Plata.

Colaboró en la redacción del estatuto para la instalación del Instituto Médico Militar y gozó de serena ancianidad hasta que la muerte lo sorprendió el 29 de agosto de 1820, junto a la familia que formó en nuestra tierra y a los discípulos a los

³ Vease BELTRÁN, J. R. "*Historia del Protomedicato de Buenos Aires*". Buenos Aires, El Ateneo, 1937.

que dispensó con desinterés su sapiencia y vocación docente. El Cabildo Abierto de 1810 lo contó entre los que votaron la causa nacional. Del tronco ilustre de Fabre descende uno de nuestros más renombrados clínicos modernos, el Dr. Mariano Castex, profesor, caballero y hombre de bien.

Con una familia numerosa que sostener, vivió Fabre siempre pobre, pero costó de su peculio los instrumentos de cirugía para la cátedra que dictaba. Apremiado por las necesidades y observando con preocupación los progresos de sus discípulos, elevó al rey un pedido para que se aumentara su magro sueldo de 300 pesos anuales a 1200 anuales, manifestando que de lo contrario "saldrán de la cátedra cuanto más unos cirujanos puramente teóricos, sin práctica alguna que es la que más necesitan para que la humanidad no padezca y muera en sus manos".

Fabre representa, en suma, una de las figuras cardinales de la medicina nacional y puede servir de permanente ejemplo por su desinterés y grandes virtudes humanas.



Estos tres ciudadanos del mundo, nacidos en fechas y países diversos, uno en Irlanda, otro en España, el tercero en Buenos Aires, mueren sin embargo casi conjuntamente, en el plazo de 18 meses, unidos así por un azar cronológico, en hermosa hermandad científica y cultural.

Parten casi juntos, como juntos trabajaron, padecieron y disputaron en agudas controversias humanas y científicas. La medicina argentina les debe aún el homenaje de su justo reconocimiento.

B I B L I O G R A F I A

- ALBARELLOS, N. *Apuntes históricos sobre la enseñanza de la medicina en Buenos Aires desde su origen hasta la fecha.* (En: Revista Farmacéutica, Año V, t. III, Bs. Aires, 1863).

- BELTRÁN J. R. *Historia del Protomedicato de Buenos Aires*. Bs. Aires, El Ateneo, 1937.
- BERRUTI RAFAEL. *La cátedra de Anatomía y Cirugía del licenciado Agustín Eusebio Fabre*. (En: Actas del I Congreso de Historia de la Medicina Argentina. 1968, pág. 239/245).
- CANTÓN E. *Historia de la Medicina en el Río de la Plata*. Madrid. 1928. 6 tomos.
- CANTÓN E. *Historia de la Universidad de Buenos Aires; la Facultad de Medicina y sus escuelas*. Bs. Aires, Facultad de Ciencias Médicas, 1921.
- CHUECO ALBERTO. *El Dr. Miguel Gorman*. (En: La Semana Médica, Buenos Aires, 1911, pág. 901).
- DALMASES, V. *Aspectos biográficos del Dr. Cosme Mariano Argerich*. (En: Anales del Servicio de Cirugía del Hospital Cosme Argerich, año II, nº 2, Bs. Aires 1946).
- D'ONOFRIO, R. *Contribución a la Historia de la Enseñanza Médica argentina desde sus orígenes hasta el establecimiento de la Universidad de Buenos Aires*. La Plata, Facultad de C. Médicas, 1966.
- FURLONG G. *Médicos Argentinos durante la dominación hispánica*. Buenos Aires, Huarpes, 1947.
- GUTIERREZ JUAN MARIA. *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*. Bs. Aires, Cultura Argentina, 1915.
- IVANISSEVICH O. y D'ONOFRIO R. *Historia de la primera Cátedra de Clínica Quirúrgica*. Bs. Aires, Amortortu, 1944.
- MALLO P. *Páginas de la Historia de la Medicina en el Río de la Plata*. Buenos Aires, 1897.
- MASSINI EZCURRA J. M. *Los Argerich. Dos vidas consagradas a la Patria y a la Ciencia Médica*. Bs. Aires, Instituto Amigos del Libro Argentino, 1955.
- MASSINI EZCURRA J. M. *Redhibitoria y Esclavos en el Río de la Plata*. (En: Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica, vol. XIII, p. 213/226. Madrid, 1961.
- RUIZ MORENO ANÍBAL. *Los Argerich*. (En: El Día Médico, nº XXXII, 1960, pág. 2745).
- SCHIAFFINO RAFAEL. *Historia de la Medicina en el Uruguay*. 3 vols. Montevideo, Rosgal, 1937-52).
- TÚMBURUS, J. *Síntesis histórica de la Medicina Argentina*. Bs. Aires, 1926.

